LOS COMIENZOS DE LA INDEPENDENCIA EN MÉXICO:
EL ARRANQUE DEL PROCESO HACIA LA CONFIGURACIÓN
DE UN ESTADO NACIONAL

Manuel FERRER MUÑOZ

SUMARIO: I. Planteamiento. II. Los debates sobre la independencia.
III. La obra de concertación de Iturbide. IV. Conclusiones.

I. PLANTEAMIENTO

Los debates políticos y jurídicos en torno a la estructura del nuevo Estado mexicano, que desembocaron en primera instancia en el texto constitucional de 1824, se vieron condicionados tanto por el fallido ensayo de lo que designaremos con el nombre de “iturbidismo” —particularmente los enfrentamientos entre Ejecutivo y Legislativo— como por las tensiones crecientes entre el centro y la periferia.

A su vez, la torpe acción política de Iturbide, que fracasó en la delineación de un Estado de derecho, y la intransigencia de los focos opuestos al centralismo de la capital del nuevo Estado —principalmente el de Guadalajara— no pueden dejar de ser puestos en relación con las bases asentadas en Iguala y Córdoba que, tal como fueron concebidas, debían configurarse como un punto de partida indiscutible e inexcusable.¹

¹ Acerca de la paternidad de las bases de Iguala, que facilitaron un punto de encuentro de intereses variados y a veces contrapuestos, abundan testimonios que acreditan la autoría de Iturbide. Además de la asestación de éste (Iturbide, Agustín de, Sus memorias escritas desde Llorna (27 de septiembre de 1823), México, Jus, 1973, p. 10), disponemos de las de Alamán (Alamán, Lucas, Historia de México. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente, 5 vols., México, Jus, 1942, vol. V, p. 106) y de Bustamante, que decía haber tenido en sus manos el texto original del Plan y sostiene que “si él mismo [Iturbide] no trabajó en todas sus partes, á lo menos lo redactó y enmendó” (Bustamante, Carlos María de, Cuadro histórico de la revolución mexicana, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 [edición facsimilar de la de México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1846], vol. V, p. 108).
En fin, lo acordado en Iguala y Córdoba, fruto de la transacción y del equilibrio de intereses, fragua en un ambiente ideológico y pasional conformado por la discusión empeñada desde tiempo atrás acerca de la conveniencia o inoportunidad de la ruptura de vínculos con España: sólo que durante los años 1820 y 1821 asistimos a una impresionante marea de publicaciones que trataban de moldear la opinión en favor o en contra de la independencia.

Parece, pues, obligado hacer preceder el estudio de las cuestiones tratadas en Iguala y Córdoba de un análisis, si se quiere somero, de los escritos más significativos de uno y otro sector de opinión en relación con el tema candente de la independencia.

Una vez alcanzada una coincidencia de puntos de vista —una identidad negativa, desde luego— sobre la oportunidad de optar por la independencia nacional, quedaba pendiente el más difícil desafío de determinar qué era lo que se deseaba construir en el solar que durante tres siglos había sido ocupado por el demolido edificio de la Nueva España. El conflicto de ideologías políticas y jurídicas estallará en una fase posterior, cuando se resquebrajen los presupuestos iturbidistas. Por esa razón obviamos referirnos a ese debate en esta ponencia que se limitará, pues, a la reflexión sobre la independencia política de España y sobre los mecanismos que se implementaron para hacerla efectiva.

II. LOS DEBATES SOBRE LA INDEPENDENCIA

La “suerte de las Américas” —título de una producción literaria contemporánea, impresa originalmente en Madrid y reproducida en México en 1820— mora objeto de discusión pública sistemática al iniciarse la tercera década del siglo bajo los auspicios del régimen de libertades que pretendía sepultar el sexenio “absolutista” de Fernando VII.

El nudo gordiano de la especulación teórica sobre el futuro de los territorios americanos venía constituido por la difícil realización práctica del generoso enunciado de las Cortes, que definía a las posesiones de América como parte integrante de la monarquía española. A fin de cuentas, ésta había sido la pretensión constante y frustrada de la Corona de Castilla;

pero de qué sirvieron estas declaraciones pomposas, hechas después de haber despojado a los americanos del dominio del país junto con la propiedad del suelo, y después de autorizar ó de tolerar cuanto menos, que vivieran en servidumbre en poder de los encomenderos, bajo el destructor sistema de repartimientos ó mitas, que en poco tiempo consumió la mayoría de aquella útil porción de nuestra especie?3

Era, pues, explicable la desconfianza de América cuando oía hablar de una igualdad en la representación en Cortes, que venía desmentida por la vía de los hechos y por la adopción de medidas de fuerza.

Ciertamente, la crisis imperial ocupaba un lugar preferente en la agenda de los liberales, victoriosos desde que Fernando jurara la Constitución el 9 de marzo de 1820: la reorganización del Ejecutivo efectuada el día siguiente incluía la creación de un ministerio de ultramar, y la junta provisional4 propuso unas cuantas medidas que habían de realizarse a corto plazo y que fueron admitidas con enmiendas de poca importancia;5 pero ni Fernando ni las nuevas autoridades estaban dispuestos a abandonar el recurso a la fuerza.

Las Cortes no emplazaron la cuestión americana entre sus prioridades, absorbidas tal vez por el denso programa de cambios en las estructuras políticas, económicas y sociales de la monarquía y por los problemas internos de la nación (radicalismo de las capitales de provincia versus conservadurismo del campo y del gobierno de Madrid):6 da la impresión de que permanecieron a la espera de los resultados que pudieran arrojar el retorno de las libertades y las negociaciones emprendidas. Partidarias indudablemente de una solución conciliadora, perdieron un tiempo precioso sin aportar un planteamiento de conjunto.

3 Idem.
4 La junta provisional gubernativa se constituyó el 9 de marzo de 1820, después de una extraña asonada cuyos móviles nunca quedaron suficientemente aclarados (cfr. Gil Novales, Alberto, El trienio liberal, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1980, pp. 5-8).
5 Ese programa constaba de los siguientes puntos: instrucciones a los americanos para que prepararan las elecciones de sus representantes en las nuevas Cortes; manifiesto del rey sobre los beneficios del nuevo sistema para ultramar; cese del fuego; si los americanos declinaban el envío de diputados, que mandasen comisionados que expusieran sus deseos y medios para la reconciliación; en algunas provincias, reunión de los mandos políticos y militares (cfr. Costeloe, Michael P., La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840, México, FCE, 1989, p. 112).
En el mes de mayo de 1821 pareció que, por fin, las Cortes decidían tomar cartas en los asuntos americanos. Después de la intervención de un diputado venezolano, el conde de Toreno sugirió el nombramiento de una comisión mixta de europeos y americanos, encargada de presentar al Pleno un plan de pacificación para los países de ultramar, antes de que finalizase el periodo de sesiones. Aprobada la proposición de Toreno, al día siguiente quedó constituida la comisión con nueve diputados, de los cuales dos eran novohispanos (Alamán y Zavala).

Los trabajos de la comisión procedieron con rapidez y fueron seguidos de cerca por varios ministros del gobierno. Pero a fines de junio se desembocó en un callejón sin salida ante la decisión del ministerio de suspender su juicio por considerar que “la opinión no se hallaba preparada para una resolucion definitiva”. Esta actitud del Ejecutivo imposibilitaba a la comisión señalar los medios que debieran emplearse, ya que tal responsabilidad competía al ministerio. Tenía, pues, que limitarse a procurar que se escite el celo del gobierno, á fin de que presente á la deliberacion de las Córtes, con la mayor brevedad, las medidas fundamentales que crea convenientes, así para la pacificacion justa y completa de las provincias disidentes de América, como igualmente para asegurar á todas ellas el goce de una firme y sólida felicidad.

Para prevenir el riesgo de un definitivo colapso de la acción gubernativa y los consiguientes daños para las provincias de ultramar, tan sólo un día después de la lectura del dictamen de la comisión especial, los diputados que las representaban en las Cortes hicieron público un documento —que había elaborado Michelen —, con objeto de mostrar al Congreso el estado de los asuntos americanos y de proponer medidas que restablecieran la tranquilidad y aseguraran la conservación de las tierras de América. La idea de elaborar la exposición fue adoptada después de una reunión en

7 Exposición presentada á las Córtes por los Diputados de Ultramar en la sesión de 25 de Junio de 1821, Sobre el estado actual de las provincias de que son representantes, y medios convenientes para su definitiva pacificación; con una noticia de los trámites que la precedieron y motivaron. Madrid: imprenta de Don Diego García y Campoy. Año de 1821 (LAF 678). El texto de la exposición se publicó también en México: Ramírez, José Miguel, Nada hay que esperar de España, ó exposición que leyó el Sr. D. [...] en la sesión del 25 de Junio de 1821. México: Imprenta Imperial de D. Alejandro Valdés. Año de 1821 (LAF 254).
8 Idem.
casa del diputado mexicano Francisco Fagoaga. De acuerdo con la versión de Zavala,

convinieron en presentar a las Cortes una exposición en que se manifestasen las razones de conveniencia política para hacer a las Américas las concesiones que exigían el estado de su virilidad y de su civilización. Fueron nombrados para formar la exposición los diputados Molinos del Campo, Navarrete y Zavala, y aprobada la presentaron a las Cortes en Junio de 1821.9

Entre los delegados de Nueva España que firmaron la Exposición se hallaban los mismos que habían promovido el Papel del 22 de enero de 1821,10 las únicas ausencias de Cañedo y José María Couto, que presentó un proyecto de ley, con Ramos Arizpe, muy semejante en su contenido a las propuestas de la Exposición.

Según los redactores del texto, resultaban insignificantes los avances registrados desde principios de año en la tarea pacificadora de América: más bien parecía incluso que el deterioro se había agrandado, al estallar una nueva revolución en Nueva España “de un carácter mucho más temible que la anterior”. Lo apurado del momento impulsaba más a la acción que a la meditación sobre las causas del descontento de América, ya archisabidas en sus rasgos fundamentales; como también era evidente a esas alturas que el empleo de la fuerza no producía el efecto deseado.

Los firmantes del documento no dudaban en señalar el aprecio de los americanos por la Constitución, al tiempo que observaban que “en el estado actual de cosas [la] consideran como una bellísima teoría que solo en la península puede reducirse á práctica”. La cuestión era, pues, cómo hacer operativo en América el texto constitucional, aunque para ello se precisara adoptar medidas que, en su literalidad, desbordasen las previsiones de la carta fundamental, algunas de las cuales se adecuaban muy deficientemente a la realidad americana: por ejemplo, los mecanismos de

control de los empleados públicos, el sistema electoral o la remisión bienal de diputados de América a la metrópoli.

Después de indicar los obstáculos que la distancia entre ultramar y la península generaba en las tareas legislativas de los diputados, la seguridad del Estado, la fijación de ingresos en la hacienda pública y el ejercicio de los poderes Ejecutivo y Judicial, se justificaba por extenso el criterio adoptado de respetar, si, el espíritu de la Constitución, sin sentirse obligados a someterse a disposiciones que más servían de estorbo que de provecho:

hemos creído que debíamos presentar medidas que en vez de contrariar los principios esenciales de la Constitución, no tienen otro objeto que remover los embarazos que impiden su establecimiento en América, y que dejando intactos los fundamentos del sistema, lo hagan efectivo en aquella gran parte de la monarquía.\(^{11}\)

Seguían a esto quince proposiciones, algunas de las cuales eran aplicables sólo al virreinato novohispano. La idea básica que presidía el plan de reformas era la concesión de una amplia autonomía a América, que acercara a sus habitantes a los centros de toma de decisiones. Se postulaba la creación de tres secciones de Cortes, una en la América septentrional —con residencia en México— y dos en la meridional. En cada una de esas divisiones habría de instalarse una delegación que, en nombre del rey, ejerciera el Poder Ejecutivo a través de cuatro ministerios: Gobernación, Hacienda, Gracia y Justicia y Guerra y Marina. También el Tribunal Supremo de Justicia y el Consejo de Estado deberían constituirse en tres secciones.

Además, se concedía atención preferente a la aportación económica de Nueva España a la metrópoli: aquélla se obligaba a entregar a la península la suma de doscientos millones de reales en el espacio de seis años, para contribuir al pago de la deuda exterior; se comprometía a destinar a la marina cuarenta millones de reales cada año, y se responsabilizaba del pago de toda la deuda pública contraída por el gobierno en su territorio.\(^{12}\)

\(^{11}\) Exposición presentada á las Cortes por los Diputados de Ultramar en la sesion de 25 de Junio de 1821, cit., nota 7.

A pesar del escepticismo cada vez más difundido en 1821, el retorno al orden constitucional estuvo marcado en sus orígenes por sinceros deseos de conciliación, tales como los que manifestaba una Proclama de un americano á los insurgentes impresa en México en el mes de agosto de 1820, cuyo autor —El Americano liberal, J. V.— participaba de la presunta fe de Fernando en los instrumentos constitucionales como vehículo de pacificación, y destacaba la circunstancia de que en los medios públicos de la península se prefería el término de “disidentes” para designar a los americanos descontentos, hasta entonces llamados “insurgentes”. Si El Americano liberal empleaba esta denominación, lo hacía porque ese nombre era “el mas común y conocido hasta por ellos mismos, pero de ninguna manera por injuriar ni envilecer con el á mis paisanos”. Las apatías y los temores que observaba entre sus conciudadanos a los pocos meses de que hubiera entrado en vigor la Constitución le movían a excitar su patriotismo y a fiarlo todo en la integridad del rey: “el ha jurado poco ha en manos del soberano Congreso de las cortes, constituirse el defensor acerrimo de nuestra libertad, y nosotros guardarlo y sostenerla para hacer este Código inmortal”.

La perpetuación de los antagonismos entre europeos y americanos, aun después de que recuperara vigor la Constitución en Nueva España, indujo a muchos panegiristas del nuevo régimen a clamar contra ese “espíritu de partido”. En busca de elementos de coincidencia entre unos y otros, se destacaba la común hostilidad al “gobierno arbitrario y opresor que por nuestra desgracia ha oprimido á unos y otros tantos años”. Desde ese prisma, la insurrección de 1810 no había tenido por móvil el odio al europeo sino el “erroneo sistema de gobierno”, y si los disidentes creyeron justo y necesario declararle la guerra al europeo, fué no principalmente ni por destruirlo inspirados del odio, sino accesoriamente y en cuanto ellos juzgaron que nosotros os habíais de oponer con todos los posibles esfuerzos á sostener las miras de un tirano gobierno que pretendían destruir.

Así, pues, ni la llegada de nuevos tiempos ni los cambios políticos operados desde 1820 tuvieron su correlato en América: no sólo seguía predominando la incomprensión por parte del gobierno peninsular, sino

---

que una pequeña minoría opuesta a la Constitución y asentada en puestos claves seguía reteniendo las riendas del poder e imposibilitando la implantación en ultramar del nuevo orden. Además, las reclamaciones de los americanos para obtener una más equilibrada presencia de delegados del Nuevo Mundo en las Cortes no condujeron a ninguna parte. Detrás de este problema de la representación indiana en Cortes subyacía, según advierte Miranda,

una cuestión fundamental, de índole esencialmente política, la de la igualdad de derechos de peninsulares y ultramarinos; cuestión que constituía la entraña del llamado problema americano o a la cual se reducía en esencia éste [...] y por lo tanto, cuestión en cuyo torno girarían casi todas las demás, como giraron, en efecto, casi todas las otras que suscitaron colectivamente los diputados del Nuevo Mundo.¹⁵

Tal vez la importancia concedida a la discriminación de los americanos en el órgano Legislativo se explique por su inserción en la corriente de afrontas inferidas por los europeos a los americanos, que tanto herían la susceptibilidad de los criollos.¹⁶ Así, el sistema de diputados suplentes que se utilizó en los ya remotos tiempos de Cádiz, y que luego volvió a aplicar la Junta Provisional en 1820, fue impugnado desde el principio por los patriotas americanos, que consideraron ilegal la designación de esos representantes, puesto que no habían recibido el correspondiente encargo de sus provincias. Menos aún satisfizo en ultramar la normativa que rigió para el nombramiento de los diputados propietarios, que fue tachada de discriminatoria porque proporcionaba a América un número de escaños insuficiente y excluía del derecho al voto a las castas. Ese fracaso en la aceptación de las propuestas de las Cortes sancionaba el naufragio de la solución de compromiso que había dado origen al decreto de 15 de octubre de 1810, en virtud de la cual se aplazaba para un futuro indeterminado la

¹⁵ Miranda, José, Las ideas y las instituciones políticas mexicanas, 1ª parte (1521-1820), México. UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1978, pp. 230-231.

¹⁶ Cfr. Villoro, Luis, El proceso ideológico de la revolución de independencia, México. UNAM, 1977, pp. 132-140. Esa era indudablemente la sensibilidad que trasluce una representación dirigida al virrey de la Nueva España, en 1821, en la que se reincidía en el agravio inferido a los americanos en este punto: "se les ha negado la representación que les toca. ¿Cómo, pues, querer que los naciendo en este continente pasen por la rebaja de las castas, cuando no sucede lo mismo en España que tiene muchos descendientes de los africanos?" (Siurob, Juan José, Representacion al Exmo. Señor Virey sobre la independencia de América. México: oficina de D. José María Betancourt, calle de San José el Real núm. 2. Año de 1821 —LAF 769—).
paridad en la representación parlamentaria de España y de ultramar. El problema, tal como lo entiende Rieu-Millán, estribaba en la imposible fusión de dos cuerpos tan heterogéneos como España y América, sin que uno quedase subordinado al otro.\(^\text{17}\)

Pese a la negativa experiencia acumulada en los últimos tiempos, no faltaban publicistas entusiastas partidarios de la unión con España. La consideración de las ventajas que, en su opinión, se seguirían para América de la revisión de los fundamentos del gobierno español les induciría a legitimar la dominación española: “bajo este benéfico sistema, esta reconciliación con la Península será, más que dependencia real, una unión por recíproca conveniencia”.\(^\text{18}\)

Antes de reivindicar la emancipación de América parecía obligado examinar si se hallaba en condiciones de gobernarse por sí misma. Ahora bien, atendida su baja demografía y constatado el carácter escasamente ilustrado de la población y el atraso en agricultura, artes, manufacturas y comercio, concluía uno de los detractores de la independencia, “la América se halla muy distante del tiempo de su emancipación”: era preciso olvidarse de este género de reivindicaciones, “que tanta sangre ha costado á nuestra querida Patria”, y acogerse a las posibilidades abiertas por la reimplantada Constitución de Cádiz.\(^\text{19}\) El mismo Carlos María Bustamante, en el primer número de La Abispa de Chilpantzingo, reconocía la inmadurez de los ideales independentistas. Veía ante sí sólo “el embrión de un pueblo libre”, que necesitaba avanzar un largo trecho antes de alcanzar la meta soñada: “tómeme mucho, que prevenido con estas disposiciones pésimas se nos forme un mosaico deforme de legislacion y gobierno”.\(^\text{20}\)

Eran también comunes las advertencias acerca de los amargos frutos que producía el árbol de la independencia:\(^\text{21}\) voz ésta “seductora”,


\(^\text{18}\) J. V., Sobre la suerte de las Américas, cit., nota 13.


\(^\text{20}\) La Abispa de Chilpantzingo, núm. 1 (LAF 206).

arragada “en la imaginacion de hombres inconsiderados ó falaces”;22 política aquélla de la que resulta que la masa general del Estado, para libertarse de los tiranos sin concepto que la oprimen, muda de mandantes por el camino de la violencia, hasta que viene á caer bajo la esclavitud de un solo hombre atrevido y mañoso que supo hacerse dueño de la fuerza armada.23

Polemistas hubo que rebajaron a los partidarios de la independencia a la categoría moral de “criminales y delincuentes”, infieles al juramento de observancia de la Constitución española, y desagradecidos —“ingratos hijos, prostituidos y espureos”— a los sacrificios prodigados por España para la conservación y enriquecimiento de sus posesiones ultramarinas.24 Como puede observarse, algunos de los partidarios de la pervivencia del dominio español proponían una profundización en el concepto de libertad, que previniera la comisión de ulteriores abusos por parte de los nuevos dueños de la situación: y es honrado reconocer, aun admitiendo la impopularidad de la tesis antiindependentista, que el tiempo reveló certero este tipo de advertencias, fundadas en un dicho de la sabiduría popular entonces común en México: “no hay peor cuña que la del mismo palo”.

Preocupaba también la difícil sujeción a un mismo centro de poder de territorios muy dilatados. Uno de esos autores “españolistas” sustentaba sus prevenciones en “la astuta pluma del sofista Juan Jacobo Rousseau”, cuyos escritos habían llegado a configurarse como referencias obligadas: para exaltarlos o para combatirlos.

este impio en su Pacto social enseña que en tratándose de libertad é independencia, una provincia no debe sujetarse á otra, ni una ciudad á otra ciudad: cada una debe ser independiente y erigirse autoridades á su arbitrio; porque no encuentra razón para que un pueblo grande reconozca superioridad á otro

22 Idem.
23 Idem.
24 La Independencia. México: en la oficina de D. José María Betancourt, calle de S. José el Real núm. 2. Año de 1821 (LAF 257). Las duras descalificaciones de este folleto suscitaron inmediatas réplicas, incluso de los sostenedores de los intereses de España:

“Olvidad el espíritu que respira ese papel titulado la Independencia. Su contenido os debe desengañar de que su autor no merece concepto alguno, y la mayor prueba que os puedo dar es, aseguraros del general desagrado que ha causado entre los europeos, quienes lejos de abrigar las ideas que en él se indican, desearían demostraros con hechos positivos que su afecto á vostros es sincero, que su único anhelo es el de restablecer el orden...” (M. J. U., El amigo de españoles americanos y europeos. México: oficina de D. J. M. Benavente y Socios. Año de 1821 —LAF 253—).
casi todos tienen en sí libertad e igualdad de derechos para hacerse sociedad sin dependencia agena, cuya dependencia tiene siempre el carácter de humillación.  

La vertiente intimidatoria era muy del gusto de los publicistas inclinados en contra de la independencia que, una vez y otra, insistían en trazar cuadros cargados de sombras y de amenazas. Sólo que, en ocasiones, la naturaleza de esos supuestos peligros permanecía sin desvelarse.

Por unánime que fuese la reivindicación de independencia —sostenía el irónico autor de Ventajas de la independencia—, apenas nadie llegaba a calibrar sus graves consecuencias a corto plazo, entre ellas la necesidad de reforzar con hombres, armas y construcciones las extensas fronteras de la nueva nación.

Los negros presagios sobre el futuro de una América independiente, que se preveía irremediablemente envuelta en la anarquía, venían arropados de modo ocasional con consideraciones acerca del inmediato presente: el relevo del “incauto” Apodaca y la presencia en el virreinato del “prudente y benéfico” O’Donojú aconsejaban deponer posturas rupturistas y entablar un confiado diálogo con ese “agente del actual Gobierno de España, liberal por esencia, y que tan generoso se muestra espontáneamente con nosotros”. Ahora bien, muchos de quienes ensalzaban a O’Donojú abogaban por la separación: una independencia pactada y obtenida sin el recurso a las armas, pero independencia sin paliativos, por más que se invitara a los españoles a trabajar en la inminente regeneración de un país asolado por las guerras.

Más común era el punto de vista de los que, compartiendo el aprecio de la obra política llevada a cabo en América por España, entendían que era viable su culminación sin el trauma del rompimiento. Más aún,

un sistema de gobierno sábio, justo y equitativo acababa de abrir las puertas de par en par a la común felicidad, quitando las trabas que la oprimían, dando

---

25 Indepencia. Amargos frutos que produce este árbol, cit., nota 21.
26 Para ejemplificar este tipo de argumentaciones, reproducimos un pasaje extraído de un impreso citado ya anteriormente (La Independencia): “un enemigo mas poderoso os asea que aguarda vuestra triunfo para reduciros á mas dura y penosa esclavitud: ellos os harán arrastrar verdaderamente la cadena y con vuestro mismo oro labrarán los grillos que os sujetarán para siempre”.
28 Noticioso general, 27-VIII-1821, núm. 103 (LAF 126).
energía al cuerpo político del Estado y animando la industria por medio de una libertad absoluta a todos los ramos de ella.  

Eran, en consecuencia, tiempos de esperanza, porque la virtualidad de las instituciones políticas de raigambre liberal aseguraba la equidad, contribuía a la reconciliación y desterraba los viejos abusos. En función de estas premisas, los promotores de la independencia venían denunciados como facciosos y nostálgicos de la opresión; con Iturbide a la cabeza —el "falso Iturbide"—, de quien se recordaban su anterior actuación "tan impolítica y tan bárbara", sus irregularidades administrativas y su brutalidad:

¿no es verdad que el que ahora quiere hacer el papel de héroe de la independencia, es el mismo que en menos de dos horas hizo derramar á balazos la sangre de más de ciento y cincuenta desgraciados que querían lo mismo, dejando inundado en sangre el Valle de Santiago, teatro horrible de esta inhumana carnicería, y esto á sangré fría y sin permitir que estos infelices recibieran los auxilios de la Religion, que ahora este hipócrita dice viene á defender?  

El descrédito que se quería arrojar sobre los caudillos de la emancipación corrió parejo con el empeño por destacar los lazos comunes a europeos y americanos, que constituían el fundamento de la común felicidad:

tengamos presente que europeos y americanos todos somos españoles, dependemos de una nación grande y generosa, que profesamos una misma religion é idioma, que nuestros intereses están intimamente enlazados, que hemos jurado ante el Omnipotente observar la Constitucion, y ser fieles al mejor de los monarcas, que el augusto Congreso de Cortes se compone de españoles de ambos mundos, á quienes hemos conferido nuestros poderes, y que ellos promoveran cuanto convenga á la felicidad nacional.

Quienes defendían estos criterios solían encomiarse la figura de Apodaca —"un Virey íntegro, justificado y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes"—, y no escatimaban alabanzas a su celo en el desempeño del cargo, al tiempo que vilipendiaban el plan sedicioso de Iturbide para "proclamar una independencia falaz é imaginaria". Por lo demás, la

30 Idem.
31 M. J. U., El amigo de españoles americanos y europeos, cit., nota 24.
conducta y las resoluciones de Ruiz de Apodaca "para oponerse á las criminales ideas del coronel D. Agustín de Iturbide y sus partidarios" recibieron la aprobación del propio Consejo de Estado en el mes de junio de 1821.  

Los apologistas de la causa española se esforzaban asimismo en probar la legitimidad de la conquista de México, sistemáticamente puesta en entredicho por el bando independentista, al tiempo que enumeraban los "vicios capitales del sistema de la independencia": la usurpación de los derechos del rey español; la carencia de una "voluntad general" manifiestamente decantada en favor de la ruptura, y de unas fuerzas armadas capaces de defender efectivamente la independencia nacional; la falta de dirigentes capacitados para regir los destinos de la nueva nación; la amenaza representada por el poderoso vecino del norte; el difícil hallazgo de un titular para la Corona en el caso, más que probable, de que Fernando VII declinase la oferta...

En esa enumeración de obstáculos y calamidades que acechaban cada paso de la ruta emancipadora era insistente el énfasis en los horrores de la anarquía, que había de ser evitada a toda costa: la amarga experiencia del levantamiento de Hidalgo —"la sangre que aun humea", "el luto, la horfandad que por todas partes se presentó á nuestros dolientes ojos"— obligaba a prevenir sucesivas erupciones de "un horrible volcán que amenaza envolvernos en nuevos desastres".

Incomparablemente más decidida y abundante era la producción publicística en favor de la emancipación: las quejas presentadas en las Cortes españolas por los diputados americanos, el Plan de Iguala y tratados de Córdoba, proyectos, discursos y sermones, modestas aportaciones a la filosofía política... todo ello era trasladado por la prensa a conocimiento...

34 Colmena de las Abejas, núm. 3 (LAF 416).
35 El Verdadero Liberal, Paz, unión, justicia y constitucion. Méjico: oficina de D. José María Betancourt, calle segunda de la Monterilla, núm. 7. Año de 1820 (LAF 143).
36 Papel que la Diputación Mexicana dirige al Excmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, cit., nota 10; y Ramírez, José Miguel, Nada hay que esperar de España, ó exposicion que leyó el Sr. D. [...] en la sesion del 25 de Junio de 1821, cit., nota 7. Una consulta del Consejo de Estado, fechada el 11 de junio de 1821, recogía el rumor —al que no parecía conceder excesivo crédito— de que "los Diputados á Cortes han traído instrucciones para arreglar el modo de verificarla [la emancipación]": Noticia de la mayor importancia. Consulta hecha al Rey de España por su Consejo de Estado sobre la Independencia de América, cit., nota 33.
de la ciudadanía y contribuía a crear un clima de opinión que aparentemente reflejaba una "voluntad general" inclinada a la independencia: "faltando, pues, la confianza mutua, y siendo implacable hoy el odio de españoles y americanos, se ha roto para siempre el lazo que unía las colonias a la metrópoli"., 37 al romperse el pacto que, por voluntad de ambas naciones —americana y española—, unía tradicionalmente en la persona del monarca español los territorios de una y otra orilla del Atlántico.

Según quienes invocaban la adhesión generalizada a la causa rupturista como razón para abandonar cualquier proyecto de continuidad bajo la dependencia española, los que se empeñaban en resistir eran apenas "un puñado de hombres casi ya sin recursos, sin opinión ni aceptación", por lo que la "Independencia de nuestra América es un suceso indefectible que ha de verificarse tarde ó temprano". 38

La mención de una voluntad general obligaba, evidentemente, a tener en cuenta la circunstancia de la diversidad de razas que cohabitaban en la Nueva España. ¿Había de ser la reivindicación autonomista patrimonio común?, ¿debían constituirse los criollos como abanderados de la causa?: y, en el caso de que se aceptara esta última alternativa, ¿qué papel correspondía a los indios y a las castas en el proceso de desvinculación de la metrópoli?

Obviamente encontramos diversidad de respuestas a estos interrogantes. Con el tiempo prevaleció, sin embargo, el protagonismo criollo, tendente a configurar una sociedad análoga en todo a la colonial: eso sí, libre y purificada de las discriminaciones que durante tres siglos habían favorecido a los españoles peninsulares y cerrado muchas puertas a los americanos.

Las reflexiones teóricas concedían, en cambio, idéntica responsabilidad e idénticas oportunidades a todos los habitantes de la Nueva España, llamados todos ellos a formar un cuerpo político capaz de integrar a indios y castas y a españoles americanos y europeos. La inclusión de estos últimos, que se hallaba en la base del Plan de Iguala y de los tratados de Córdoba, obedecía a razones que entonces parecían incontrovertibles. Así

37 Infante, Joaquín, Solucion á la cuestion de derecho sobre la emancipacion de la America, por el ciudadano Joaquín Infante, natural de la isla de Cuba. Impreso en Cádiz, reimpreso en Puebla, y por su original en Méjico, en la oficina de D. José María Betancourt, calle segunda de la Monterilla, núm. 7. Año de 1821 (LAF 221).

38 M. O. de T., Exhortacion cristiano-politica, dirigida á la Capital del Imperio Mexicano, y á todos los que sostienen el partido nombrado la Integridad de las Españas. Texcoco: Imprenta liberal de las Tres Garantías de Don Cayetano Castañeda. Año de 1821 (LAF 256).
se explicaba el arcediano de Valladolid de Michoacán, Manuel de la Bárcena: “estando radicados aquí por sus destinos, por sus propiedades, y por sus enlazos, miran á la Nueva España como á patria suya, que ellos han elegido”. 39

En el mismo sentido, el autor de Justicia de la independencia dirigía las siguientes reflexiones a los españoles europeos:

españoles europeos, la nación os jura no volverán á molestar vuestros oídos las espantosas voces que os afligieron en los tiempos primeros de nuestra insurrección. Nuestras lágrimas corrieron al par que las vuestras al contemplar delito tan enorme, y muchos de los nuestros libraron á costa de las suyas vuestras presiosas vidas del infernal cuchillo. Por ventura nuestra aquellos tiempos de horror desaparecieron para siempre: los Americanos todos garantizan sobre la fè pública vuestra felicidad: uníos á nosotros por los más indisolubles vínculos; vuestra patria no debe ser aquella que simplemente os vio nacer: este nombre debeis sin duda concederlo á aquel país que os favorece con su benigno influjo, y que os ha dado cuantas comodidades disfrutais. Si, españoles: contribuid á nuestra felicidad: la América soberana es, puede dar cuanto jamás podría daros la Europa toda: tranquiliizado vuestros ánimos: reflexionad con atencion sobre vuestro verdadero interés: no cerreis los ojos para no ver los repetidos ejemplares de generosidad y virtud, que diariamente os presentan los ejércitos Americanos. Union intima è indisoluble con vosotros; hè aqui uno de sus mas gloriosos empeños. ¿Será posible que vosotros mismos rompáis este vínculo de amor y gratitud, con que la misma naturaleza os ha unido con nosotros para siempre? 40

Con frecuencia se pretextoaban el “mal gobierno” y el despotismo y lo irremediable de esos hábitos defectuosos para justificar la necesidad de emprender una vida política propia, no mancillada por vicios tan arraigados. 41 Muchas veces se proponía la independencia como si fuese


41 Un escrito dirigido al secretario de la Gobernación de Ultramar por los diputados en Cortes de Nueva España, fechado el 8 de agosto de 1821, aludía explícitamente a esas deficiencias de la acción gubernativa de España en América como una de las causas de “los disgustos de nuestra patria”: “el gobierno despótico, injusto y arbitrario que hubo y aun oy existe de echo en las Américas. Sus magistrados, sus Géfes y sus empleados, fueron y son los que han dado la ley; esta estaba, y aun está
un elixir mágico que desterraría de una vez por todas la desidia del gobierno, la corrupción de los funcionarios, las discriminaciones raciales, la impiedad en que parecía empeñada en precipitarse España desde que penetraron en la península las ideas liberales...

Manuel de la Bárcena aludía explícitamente al escándalo suscitado en la Nueva España por la legislación religiosa de las Cortes del trienio, que chocaba con los hábitos mentales y las categorías de valores imperantes en el otro extremo del Atlántico:

acá no está la opinión tan abanizada como en la Europa, por eso la violenta extincion de tantos Conventos religiosos, y el impolítico desafuero del Clero, han escandalizado al pueblo, han irritado á los Ecleciasticos, y han sido causas impulsivas del actual rompimiento.42

El análisis del mal gobierno era inseparable del balance económico de la colonización que, en el sentir de algunos críticos, sólo podía ser juzgado de un modo muy desfavorable, puesto que los beneficios de la empresa llevada a cabo por España en América habían sido patrimonio de unos pocos:

la nacion española solo indirectamente, por el momento y con daño imponderable de sus verdaderas riquezas se há aprovechado de las ventajas de la América, mediante la circulacion del dinero procedente de aquellos canales. Conviene inculcar al pueblo español esta verdad, que los comerciantes han procurado ofuscar por su interés, erigiendo en principio un error político perjudicial á la felicidad de ambos mundos [...] Los comerciantes gritan que se les escapa la América, objeto exclusivo de sus especulaciones, y que no pueden vivir sin que siga uncida al carro de la servidumbre. La nacionalidad, la fortuna y el bienestar de mas de quince millones de almas deben, pues, sacrificarse á un puñado de monopolistas á expensas de la sangre de sus hermanos de ambos mundos.43

en su capricho, no en los codigos: se ha dicho por muchos de ellos publicamente y en todos tiempos, aquí nosotros somos los únicos legisladores” (Delgado, Jaime, España y México en el siglo xix, 3 vols., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950, vol. III, pp. 31-35 (p. 32), Documento V, “Escrito dirigido por los diputados a Cortes de Nueva España al secretario de la Gobernación de Ultramar”).

42 Bárcena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39.
43 Infante, Joaquín, Solución á la cuestion de derecho sobre la emancipación de la América, cit., nota 37.
Ni siquiera la misma abundancia de metales preciosos que proporcionaba América había compensado los efectos negativos de su masiva afluencia a la península: “teniendo plata y oro con qué comprar á los extranjeros, abandonaron los talleres que se arruinaron con el tiempo”, sin que pudiera evitarse que ese flujo de riquezas acabara en manos extrañas.  

En la percepción de algunos escritores, el mismo hecho de hallarse establecido en España un régimen liberal, si bien parecía precaver la recaída en los hábitos de mal gobierno, avalaba —o, al menos, favorecía— la escisión de las antiguas colonias: pues, ¿cómo podría justificarse que un país regido por instituciones liberales enviara tropas para combatir opiniones parecidas a las que habían triunfado en la península?, ¿cómo imponer a los naturales de América “las mismas cadenas que los buenos españoles tratan de romper”?  

Los liberales españoles, aun partidarios de la unión, entendían que ésta no podía ser impuesta bajo coacción. Así se expresaba Flores Estrada en 1818: “mi deseo de que las Américas formen una misma Nación con la España, debe entenderse siempre que sea compatible con la libertad, con los intereses, y aun con el voluntario consentimiento de aquellas, y no de otro modo”.  

La falacia parcial de esos argumentos estriba en que, al menos en el caso particular de la Nueva España, el movimiento emancipador de los años veinte se arropaba —en parte— con una ideología antiliberal y, si se promovía para asentar un régimen constitucional, también eran perceptibles los recelos hacia las nuevas instituciones de muchos de sus partidarios. Sí era más cierta la imposibilidad en que se veía España para disponer de tropas que combatieran en América: por lo demás, la experiencia de lo ocurrido en Cabezas de San Juan en enero de 1820 disuadía de preparar cuerpos expedicionarios acerca de cuya disciplina cabía abrigar serias dudas.  

Al analizar las publicaciones de la época tendentes a la ruptura con la metrópoli, llama la atención la falta de consistencia intelectual y de

---

44 Siurob, Juan José. Representacion al Exmo. Señor Virey sobre la independencia de América, cit., nota 16.


46 Flores Estrada, Alvaro, Profecias politicas á favor de nuestra independencia, cit., nota 45.
coherencia ideológica de que adolecen muchos de esos escritos: es frecuente que las mismas personas que difunden sus ideas al amparo de la libertad de imprenta (una libertad que aceptan y proclaman), pregonan la soberanía nacional y enfatizan la igualdad de todos ante la ley, califiquen de impías las pretensiones de las Cortes españolas de suprimir los fueros eclesiástico y militar, o de abrogar la exigencia civil de los diezmos.

Se tiene la impresión de que nos movemos en los límites entre Antiguo Régimen y Modernidad —unas fronteras muy fluidas todavía— y de que los factores determinantes en la alternativa que se ofrecía a los novohispanos eran más de orden práctico que especulativo: en palabras de un "joven americano", "ninguna clase de gobierno puede hacer prosperar á las naciones americana y española, mientras la primera dependa de la segunda": 47 sólo el autogobierno permitiría la defensa efectiva de los intereses americanos y el logro de "la perfeccion de las ciencias, de la agricultura, del comercio y de las artes". 48

Desde la perspectiva de la Modernidad sobresale la reiterada mención de los derechos del hombre —"generales y eternos"— para fundamentar el carácter ominoso —y por ello transitorio— 49 de la dominación española, desconocedora de los fundamentos constitutivos de todo gobierno: "los pueblos pertenecen á sí mismos y contra su voluntad no pueden ser constituidos por otro, pues el derecho de legislar se concentra mas, cuanto mas se trabaja por arrancarlo". 50

También era común invocar la ruptura del pacto social que ligaba América con España: si los habitantes de aquella orilla del océano habían cedido parte de su libertad individual para constituir un gobierno que velara por su seguridad, fue precisamente "bajo la condicion de que este gobierno consulte unicamente á la pública utilidad". 51 La tiranía y la opresión determinaban la disolución de tal vínculo, por lo que los ciudadanos quedaban liberados de la obligación de obedecer:

47 A. de R., La necesidad de la independencia demostrada por un joven americano. Méjico: oficina de los ciudadanos militares D. Joaquín y D. Bernardo de Miramón, calle de Jesús núm. 16. S. a. (LAF 221). Nótese la precisión que el propio autor introduce más adelante sobre lo que él concibe como "nación americana": ésta "no puede ser otra cosa que el conjunto ó reunion de todos los individuos nacidos y residentes en America, ya traigan su origen de Africa, de España ó de Francia, etc.".
48 A. de R., La necesidad de la independencia demostrada por un joven americano, cit., nota 47.
49 J. M. C., Reflexiones sobre la independencia. Reimpresas en Guadalajara: oficina de Don Mariano Rodríguez. Año de 1821 (LAF 1417).
50 Idem.
51 Justicia de la independencia, ó apuntamientos sobre los derechos de los americanos, cit., nota 40.
los comienzos de la independencia en México

disolviese por tanto justamente el vínculo de nuestra union: devolviése á la universalidad el derecho de gobernarse, y á ella únicamente pertenece establecer el gobierno que mas le fuere conveniente. La utilidad pública clama energicamente por la absoluta emancipacion è independencia de las Americas respecto de la antigua España; luego está demostrado con la mayor claridad, que la independencia de la America no puede ser mas justa, aun cuando la España poseyese el mas justo título para dominarla.\footnote{Idem. Otra mención explícita de la ruptura del pacto y del retorno a las Indias de la plena libertad para constituirse, en Bárzena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39.}

El obispo Antonio Joaquín Pérez encarna en su persona tal vez como pocos esas contradicciones entre el apego a las viejas instituciones y la apertura a los nuevos tiempos. En el discurso que pronunció el 5 de agosto de 1821 en Puebla de los Ángeles, para conmemorar la independencia, encontramos esa misma dualidad de principios: abrazaba la terminología en boga, al aludir a la ruptura del pacto con España, que restituía al “reino de Nueva España á la libertad que le concedió la naturaleza”; y, más adelante, lamentaba los ultrajes que la legislación constitucional deparaba a la religión.\footnote{Pérez Martínez, Antonio Joaquín, Discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Joaquín Pérez Martínez, obispo de la Puebla de los Ángeles, entre las solemnidades de la misa que se cantó en la catedral de la misma el día 5 de Agosto de 1821 acabada de proclamar y jurar la independencia del Imperio Mexicano. Puebla: oficina del Gobierno Imperial. Año de 1821 (LAF 811 y CEHM, Fondo LXII-2, Impresos de la Independencia, Colección Martín Carracedo).}

Precisado el concepto de independencia como “la facultad que tiene una nación para salir de la dominación de otra, entonces será buena ó mala, según las circunstancias y ventajas, que pueda sacar de ser gobernada por sí misma, ó por la nación dominante”\footnote{J. B. M., Verdadera explication de la voz independencia, cit., nota 21.}: otra vez, pues, el mismo enfoque empírico a que aludíamos más arriba. Así quedaba justificada la independencia a los ojos de muchos, a quienes parecía imposible el funcionamiento en América del sistema de representación nacional previsto en la Constitución española. Los inconvenientes planteados por las excesivas distancias saltaban a la vista:

es muy difícil, y casi imposible mantener el sistema representativo, sobre el pie en que está: los diputados de España no tienen que dejar sus casas, mas que tres ó cuatro meses al año, y aun en este corto tiempo, pueden desde Madrid atender á sus intereses; pero los de America han de abandonar sus familias, han de sufrir una ausencia de tres años, á una distancia de casi medio
mundo: agreguense los gastos de tan dilatado viaje, y la dificultad de los transportes, por la suma escasés de la marina española: así hemos visto en las actuales cortes, que para la primera legislatura no tuvimos ninguno diputado legítimo, y solo un mesquino numero de suplentes, faltos de poderes: para la segunda de cincuenta y seis nombrados, apenas seis habrán asistido; unos por su poca salud, ó por su mucha edad, no se atrevieron á emprender tan larga peregrinacion; otros se volvieron desde Veraruz; otros desde La Habana, por temor á los corsarios, ó por falta de barcos...\textsuperscript{55}

Ese pragmatismo inspira también algunos argumentos dirigidos a modelar la opinión persuadiéndola de la utilidad que para España y sus posesiones americanas reportaba una pacífica desvinculación:

¿no sería mejor y le traería mas utilidad á la península el dejar á la América independiente, aliada y amiga, sacando de ella cuanto provecho pudiera al tiempo de declararle su emancipacion, que el perderla, conquistada por otra nación?\textsuperscript{56}

Análogas consideraciones de interés práctico se sitúan en la base de la casi general aceptación del régimen monárquico para el futuro nuevo Estado independiente: si bien el modelo republicano federal de los Estados Unidos del Norte de América ejercía poderosa atracción, la forma política monárquica parecía más indicada para México, por tradicional, para serenar los ánimos inquietos de muchos ante el imprevisible rumbo del país, separado ya de España. Sólo algunas voces discrepantes insinuaban las excelencias del régimen republicano:

cual sea mejor género de gobierno, no es para tratarse con sofismas. Son muchas las razones que hay por una y por otra parte; y si el monárquico tiene escelentes fundamentos, quien sabe si sobrepujarán á los del republicano [...] La experiencia nos ha enseñado la preferencia de este género de gobierno respecto del monárquico [...] La razón no lo persuade menos porque siendo la virtud mas dificil de practicar, mientras mayores sean las obligaciones anexas á su ejercicio, cuando vemos que es tan rara en los hombres corrientes, será común en unos hombres, que por su educacion, por los objetos que los rodean desde su infancia, y por mil circunstancias, están por decirlo así, casi necesitados á separarse, ó cuando menos á desconocer el camino de la virtud? ¿Cual es el resorte principal de una republica? El amor á la patria: ¿y el de

\textsuperscript{55} Bárcena, Manuel de la, \textit{Manifiesto al mundo}, cit., nota 39.

\textsuperscript{56} J. B. M., \textit{Idem}.
una monarquía? El honor. Aquel es una virtud; este un fanatismo. ¿Cuál es más noble?  

El *Observador Independiente*, aun reconociendo el gobierno republicano como “el mas alahueño para el hombre”, no dejaba de reconocer los peligros que lo acechaban: la enorme extensión del territorio mexicano; la necesidad de una mayor instrucción entre los ciudadanos, “por ser los que deben desempeñar los destinos”; el peligro de la propagación de convicciones, tan frecuentes en este tipo de regímenes, y la falta de garantías de los medios de coerción, muchas veces aplicados en daño de los virtuosos. 

Incluso personas, como Lorenzo de Zavala, que más adelante destacarían por sus convicciones republicanas, compartieron el convencimiento de que debían sacrificarse momentáneamente las “pretensiones partidarias de los que querían la república, y de los que deseaban la monarquía absoluta. Todos los hijos del país se unían en el principio de nacionalidad; cada uno reservaba para después sus pretensiones diferentes”. 

Tampoco era el momento de aventar las aspiraciones federalistas. Por lo mismo que se aceptaba pacíficamente el sistema monárquico, se entendía que el entero territorio sometido a la autoridad de los antiguos virreyes constituía un todo que, como tal, había de configurarse como entidad autónoma. Incluso regiones que, como Nueva Galicia, se convertirían enseguida en auténticos avisperos donde se desafiaba la supremacía de las instituciones centrales establecidas en la ciudad de México, acataban la “resurrección” del Imperio del Anáhuac para que “haciéndose uno este Reyno con el de N. E. quede separado perpetuamente de la antigua España”.  

---

57 *Idem.*  
59 Zavala, Lorenzo de, *op. cit.*, nota 9, pp. 87-88.  
60 Peimbert, Juan Nazario, *Desafío literario sobre la independencia de la América Septentrional de la antigua España. Por el Licenciado D. Juan Nazario Peimbert, Vice Rector del Ilustre Colegio de Abogados de México*. Guadalajara: oficina de D. Mariano Rodríguez. Año de 1821 (LAF 769).  

Conviene precisar que en esas fechas existían dos entidades con el nombre de Nueva España: desaparecido formalmente el virreinato por la Constitución, el virrey quedó convertido en capitán general del territorio abarcado por el antiguo virreinato de Nueva España, y jefe político superior de la Diputación Provincial de Nueva España, que se correspondía con el antiguo reino de Nueva España y que incluía las provincias de México, Puebla, Oaxaca, Veracruz, Tlaxcala y Querétaro (por entonces se segregó la diputación de Valladolid, que extendía su área de acción a Michoacán y Guanajuato). La presión de la delegación americana en Cortes logró que en mayo de 1821 el Soberano Congreso
En nombre de ese mismo buen sentido, la *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional* —en su número 26, del 21 de abril de 1820— disuadía del empleo de la fuerza para alcanzar los objetivos de autogobierno, y recomendaba confianza en la resolución que adoptaran las Cortes: “entretanto procuremos acallar las pasiones, y tratemos de inspirar confianza á aquellos con cuyo auxilio contamos para la grande obra de la conciliacion de ambos países”.61 Naturalmente, el parecer de la *Gaceta Patriótica*, que muchos juzgaban de transigente en extremo, se prestaba a encendidas críticas, que veían detrás de esa propuesta a “hombres debles, sin energía, sin sentimientos, que acomodando todas sus ideas al frío eterno que reina en la helada region de sus cerèbros, no encuentran obstáculo en que un asunto, como este, por su naturaleza ejecutivo, siga los lentos y pesados trámites de un juicio ordinario”.62

Las circunstancias geográficas de la “duplicidad de continentes” y “la falta de proporcion y de equilibrio” entre España y sus posesiones trasatlánticas constituían otros elementos *de facto* que recomendaban la correspondiente separación de los órganos de poder, al imposibilitar la “unión moral” entre uno y otro hemisferio; y es que —argumentaba el cubano Joaquín Infante— “las instituciones para ser benéficas á un país es preciso que emanan de aquellos á quienes interesan, y serán ellos mismos los ejecutores”.63

Si ese “monstruo político”64 llegó a durar trescientos años, en contra del propio curso de la naturaleza, esa larga pervivencia era atribuible a la

---

62. J. M. C., *Reflexiones sobre la independencia, cit.*, nota 49. Análogo al punto de vista expresado en la *Gaceta* era el criterio del “El Pensador Mexicano”, que también encontró la correspondiente réplica: “¿es justa, ó no lo es, la independencia?: y por cuanto vd. ha tenido ya el atrevimiento de escribir, que es justa, pero que debe esperarse á que la determinen las Córtes; responda: ¿que se deberá hacer en caso de que las Córtes ó la denieguen, ó no quieran determinarla?” (Carta de D. Agustín de Iturbide al Pensador Mexicano. México: impresa en la oficina de D. José María Betancourt, calle de San José el Real, núm. 2. Año de 1821 —LAF 207—).
63. Infante, Joaquín, *Solución á la cuestión de derecho sobre la emancipación de la América, cit.*, nota 37.
64. Así argumentaba Manuel de la Bárcena, a propósito del carácter “antinatural” de la dominación española en América:

“Una monarquía existente en las cuatro partes del mundo; una monarquía constitucional, compuesta de España, Canarias, las Américas, y las Islas Filipinas como partes integrantes es mil veces más
fuerza de las armas, capaz de violentar las leyes naturales y de unir "bajo un cetro pueblos tan distantes, y tan etergéneos". Pero se trataba de una coacción éticamente injustificable, como también lo eran la anexión llevada a cabo por Cortés, contraria al derecho de gentes, y la donación de Alejandro VI, realizada sin atender a que los papas carecían de dominio temporal sobre los reyes. En consecuencia, concluía al arcediano Manuel de la Bárcena, cuyo Manifiesto al mundo seguimos glosando, "no tubo pues la Península, título legítimo para la adquisición de estos países; ni tampoco le tiene para retenerlos".

III. LA OBRA DE CONCERTACIÓN DE ITURBIDE

Si a principios de 1821 la causa rupturista contaba todavía con muy pocos adeptos, y parecía posible satisfacer las aspiraciones políticas novohispanas en el marco de la Constitución de Cádiz, tal como pretendían los autonomistas, pronto se amortiguaron los impulsos liberales, arrinconados por el refuerzo de las posiciones reaccionarias y las resistencias al plan de modernización que trataban de promover las Cortes. La reforma eclesiástica, en particular, y algunos escándalos relacionados con la libertad recuperada por los escritores, alejaron a muchos de las filas constitucionales y contribuyeron a engrosar el partido de la independencia.

difícil de realizar, que la república de Platon, es un despropósito, es un delirio, que solo puede tener lugar en la cabeza de algun político fabricitano; y los que quieren sostener tan desforme edificio, me parecen tan locos como aquellos Jacobinos, que el año de mil setecientos noventa y tres querían establecer la república universal del género humano" (Bárcena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39).

65 Bárcena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39. En el Desafío literario sobre la independencia de la América Septentrional de la antigua España, de Juan Nazario Peimbert, se insistía en la oposición que el imperio español encontraba en la misma naturaleza:

"según las circunstancias locales de la tierra; si la naturaleza nos ha dividido mas de mil y quinientas leguas, nuestra America puede considerarse en su gobierno como un amo y su siervo a cabeza ¿Cómo podrá ser un Rey padre de sus pueblos, si se hallan tan distantes de su tutela?"

66 Bárcena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39; J. M. C., Reflexiones sobre la independencia, y Justicia de la independencia, ó apuntamientos sobre los derechos de los americanos, cit., notas 40 y 49.

67 Bárcena, Manuel de la, Manifiesto al mundo, cit., nota 39.

68 Este término es empleado por varios autores —Jaime R. Rodríguez O. y Virginia Guedea, entre ellos— para designar a un grupo de personas que cifraban su proyecto político en la consecución de un marco peculiar para la Nueva España, dentro del contexto determinado para toda España por la Constitución de 1812. Algunas referencias a la extracción social y arraigo geográfico de los autonomistas, en Rodríguez O., Jaime E., "The Transition from Colony to Nation", cit., nota 9, pp. 98-100.
Esta opción, capitalizada por Iturbide, se impuso como sin esfuerzo; y es que, como señala Jaime E. Rodríguez, el régimen español sucumbió no porque fuera derrotado militarmente sino porque tanto criollos como peninsulares dejaron de apoyarlo políticamente.  

Un interesantísimo informe al ministro de Gracia y Justicia de José Hipólito Odoardo, fiscal de la Audiencia de México, incidía agudamente en la transformación experimentada en Nueva España durante los diez primeros meses de 1820, y captaba en toda su hondura la gravedad del cambio operado en el espíritu público, sobre todo entre clérigos y militares, que siempre habían sustentado al régimen y que, resentidos o temerosos por las novedades, mostraban franca hostilidad hacia el gobierno. Si se quería evitar males peores, concluía Odoardo en su exposición, no quedaba otro remedio que suspender la aplicación de la carta constitucional en el virreinato.

El temor a las consecuencias que se derivarían de la aplicación en la Nueva España de las medidas legislativas de las Cortes españolas —particularmente en materias eclesiásticas— fue capitalizado por la que podríamos denominar “segunda generación independentista”. En efecto, los intérpretes de este último acto del drama de la emancipación acertaron a presentarse como el partido del orden y de los genuinos valores amenazados por las reformas liberales, al tiempo que se distanciaron hábilmente de los promotores del primer impulso independentista.

---


La pluralidad de caudillos y la carencia de un esfuerzo militar unitario —por lo demás casi imposible de lograr, si se atiende al origen y composición de las primeras partidas de insurgentes— cedieron el paso en 1821 a la unidad de adhesiones y de directrices en torno a Iturbide, "el héroe de Iguala", superior incluso al mismo Washington, que "no estableció el gobierno de los Estados Unidos, sino que lo defendió y sostuvo", en tanto que Iturbide "erige sus bases".  

Se explica así el feliz éxito de la obra de concertación de voluntades llevada a cabo por Iturbide, a quien Ruiz de Apodaca había nombrado comandante general del Sur en noviembre de 1820, después de la renuncia del coronel Armijo, que retenía ese cargo desde 1814. Precisamente urgido por la necesidad de configurarse como aglutinante de voluntades dispersas, cuando no encontradas, Iturbide marcó repetidamente las distancias con los primeros insurgentes a los que, por lo demás, había combatido con las armas.

El convencimiento de que éste era el sentir del caudillo de Iguala movió a un simpatizante a desafiar a "El Pensador Mexicano", siempre ambivalente y contradictorio:

> el gobierno ha calificado constantemente y castigado como malevolos, rebeldes, y traidores a Hidalgo, Morelos, y demás cabecillas de la Insurrección: sin embargo de lo cual en los impresos de estos últimos días hemos leído, que se les califica de unos heroes del liberalismo, dignos de que se les erijan estatuas, como promotores de la libertad de su Pátria: vd. que se ha constituido graciosamente ilustrador del público, no debe permitir errores en materia tan importante. Explique vd. claramente y funde su sentir en desengaño del público.  

Después de algunos reveses de sus tropas, batidas en varias escaramuzas por las de Asensio y de Guerrero, Iturbide inició un acercamiento a éste a través de una carta que le envió el 10 de enero de 1821: proponía en ella un cese de hostilidades y la sujeción a las órdenes del gobierno español, en la esperanza de que los representantes mexicanos en las Cortes de España, que ya habían emprendido su viaje a la península, lograrían una solución pacífica del conflicto. El ruego venía acompañado de una promesa: "mas si contra lo que es de esperarse, no se nos hiciere justicia,

73 F. E. y A., El Observador Independiente, cit., nota 58.

74 Carta de D. Agustín de Iturbide al Pensador Mexicano. México: Impresa en la Oficina de D. José María Betancourt, calle de San José el Real num. 2. Año de 1821 (LAF 207).
yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda, á defender nuestros derechos".\(^{75}\)

La respuesta de Guerrero desechaba la hipótesis de que las gestiones de los diputados en Cortes produjeran un resultado favorable "porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia";\(^{76}\) y reafirmaba la divisa bajo la cual combatían sus hombres: "libertad, independencia ó muerte", única baza que podría entrar en el marco de una eventual solución negociada.

Una comunicación posterior de Iturbide apuntaba a mantener abierto el diálogo sobre la base de que "dirigiéndonos vd. y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un plan bien sistemado, los medios que nos deben conducir indubitadamente y por el camino mas corto".\(^{77}\)

Los contactos epistolares fueron seguidos de una entrevista personal, que allanó definitivamente el camino que culminaría en el mes de febrero con el vasto proyecto pacificador que se gestó en Iguala.\(^{78}\)

No es el caso de desglosar la campaña militar y propagandística que, iniciada con el Plan de Iguala, abriría las puertas de México al Ejército Trigarante el 27 de septiembre.\(^{79}\) Sí vale la pena que destaquemos cuáles fueron los compromisos contraídos para establecer los cimientos de la independencia y cuáles las razones de la casi universal adhesión a esos proyectos: hasta el punto de que poblaciones como Guanajuato, Valladolid, Guadalajara, San Juan del Río y Querétaro se rindieron sin disparar un solo tiro.\(^{80}\)

Acerca de la segunda cuestión que acabamos de formular —referente a la eficacia de los medios de que se sirvieron los independientes—, sobrequedan testimonios que acreditan la influencia decisiva de los medios de difusión escrita, divulgaadores de los principios esgrimidos para

\(^{75}\) Bustamante, Carlos María de, *op. cit.*, nota 1, vol. 5, p. 100.

\(^{76}\) *Ibidem*, p. 104.

\(^{77}\) *Ibidem*, p. 105.


\(^{80}\) *Nuevos acontecimientos de México del año de 1821* (CEHM, Fondos Virreinales, CXXXI, 1821).
negar la obediencia a las autoridades españolas y reclamar la soberanía. En el texto mencionado en la nota anterior se habla explícitamente de los “descarados papeles publicos, que proporcionaron á Iturbide los rapidos progresos de apoderarse de mucha parte del Reino”, y le aseguraron que “la opinion del Reino bolaba a favor de la independencia”.

También debe atenderse, para dar respuesta a aquella misma pregunta, al descontento originado por las irregulares actuaciones de algunos comandantes militares, que utilizaban como pretexto de su “rapacidad y vejaciones” las acciones guerrilleras de los pequeños grupos rebeldes que operaban en el sur de Sierra Madre; y en opinión de algunos contemporáneos, a la escasa talla política del ingenuo conde del Venadito, tan “candido y bien dispuesto a ser engañado facilmente de cualquiera traídora hipocresía”.

A las motivaciones esgrimidas hasta aquí —algunas discutibles— habría que añadir una razón muy importante, ya apuntada en el inicio de este ensayo: la legislación anticlerical y el descontento general causado por las disposiciones de las Cortes.

El programa político utilizado por Iturbide en sus transacciones con los demás mandos militares y con las autoridades civiles y religiosas remite obligatoriamente a los contenidos del Plan de Iguala y de los tratados de Córdoba. Nos serviremos, pues, de estos textos y de los diversos manifiestos, proclamas y folletos que se emplearon como soporte propagandístico de unas negociaciones que tuvieron la virtualidad de aislar a los elementos que sostenían la causa española en el sorprendente plazo de siete meses, sin que mediara apenas derramamiento de sangre.

El Plan de Iguala, calificado como “obra maestra de política y de saber” por Lorenzo de Zavala, asentaba las tres garantías en que habían de cimentarse los restantes compromisos —independencia, unión entre criollos y españoles y religión—, al tiempo que canonizaba el sistema monárquico representativo, formulaba las bases de gobierno, preveía una

81 Idem.
82 Idem.
84 Nuevos acontecimientos de México del año de 1821, cit., nota 80.
85 Rodríguez O., Jaime, E., op. cit., nota 9, pp. 121-122 y 127-128.
86 Zavala, Lorenzo de, op. cit., nota 9, p. 87. Tampoco Bustamante, persona tan poco sospechosa de fervores iturbidistas, regateaba elogios a “un plan, tan sabiamente meditado, tan conforme á los principios de la razón y de la justicia” (Bustamante, Carlos María de, op. cit., nota 1, vol. 5, p. 112).
reorganización militar, y contemplaba la defensa de algunos derechos individuales.

En relación con estas propuestas del plan no dejan de ser significativas las palabras de uno de los últimos párrafos de la carta oficial que Iturbide dirigió a Ruiz de Apodaca el 24 de febrero: "yo no soy Europeo, ni Americano, soy cristiano, soy hombre, soy partidario de la razón".87 señas de identidad a través de las cuales se pretendía trascender las circunstancias concretas de lugar y tiempo y destacar la perspectiva racional y universal y, por tanto, incuestionable, desde la que se diseñaba el programa político que se comunicaba al virrey.

"Un americano",88 contradictor de Iturbide, alertaba ante la manipulación que, según su entender, se hacía en el Plan de Iguala de la cuestión religiosa:

el pretexto principal de este Plan es la Religion que suponen va á desaparecer de nuestro suelo, por las sábias reformas que con anuencia de los muchos é ilustrados Eclesiásticos que componen el Augusto Congreso, se ha emprendido en los abusos introducidos, con escándalo de los buenos, en el instituto Religioso. Tales reformas no atacan á la Religion en lo mas mínimo sino por el contrario, la harán aparecer á la faz del Universo en todo su esplendor y magestad. Los malos é ipócritas, se prevalen de la credulidad de los ignorantes, y aparentando celo por la Religion (sus barrigas) que no conocen, solo pretenden desunir al Pueblo, y desacreditar las sagradas instituciones que nos rigen.

Los artículos del Plan de Iguala denostados por supuesta hipocresía en el texto que se acaba de reproducir establecían taxativamente el carácter confesional del Estado —"la religión católica apostólica romana, sin

87 Iturbide, Agustín de., Carta oficial dirigida desde Iguala por el Gefe del Ejército Trigarante al Virey de N. E., Iguala, 24-II-1821 (LAF 891 y CEHM, Fondos Virreinales, CXXXIX). Puede leerse también en El Mejicano Independiente, 24-III-1821, núm. 3 (LAF 450); Bustamante, Carlos María de., op. cit., nota 1, vol. 5, pp. 119-124, y Documentos de la Guerra de Independencia, México, Secretaría de Educación Pública, 1945, núm. 74, pp. 76-82. Unos cuantos días después, el 2 de marzo, Iturbide volvió a escribir a Apodaca invitándole formalmente a participar en el movimiento liberador. Tampoco entonces logró hacer variar la opinión del capitán general y jefe político.

88 Plan del Señor Iturbide analizado por un americano, Méjico: oficina de los ciudadanos militares D. Joaquín y D. Bernardo de Miramón, calle de Jesús, núm. 16. S.a. (LAF 953). El ejemplar de este impreso que se conserva en la Colección Lafragua contiene una indicación manuscrita sobre la identidad de su autor: "Nota porque no ignore la posteridad quien fue este analizador, lo declaro, y es D. Francisco Xavies que le dicen Peña, alias el Cochino erudito".
tolerancia de otra alguna”—y sancionaban el reconocimiento de los tradicionales privilegios del clero secular y regular, que sería “conservado en todos sus fueros y propiedades”.

En una proclama fechada el 24 de febrero, el mismo día del manifiesto que contenía las veintitrés bases que habían de garantizar el pacífico acceso a la independencia, Iturbide volvía a asegurar—como primera premisa—que “el fin de mi Plan es asegurar la subsistencia de la Religion Santa que profesamos y hemos jurado conserver”.

La difícil conciliación de independencia y unión entre europeos y americanos pudo parecer en un primer momento garantizada por la vía de los hechos, que traducían una unánime decisión en la búsqueda de unas mismas aspiraciones, particularmente en el estamento militar. Así lo entendió Iturbide, y así lo comunicó a Ruiz de Apodaca:

la opinion está decidida […] La tropa toda del país siente del mismo modo; y entre los Europeos (dígolo para gloria suya) no tiene V. E. un cuerpo solo completo que poder oponer. Es público como piensan estos dignos militares. En ellos reinan las ideas filantrópicas de ilustración y liberalidad espardidas en nuestra Península.

Y eso, pese a la amarga experiencia de las agitaciones de la década precedente, felizmente condenadas a extinguirse:
	nada ha estado mas en el orden natural, que el que los Europeos desconfienn de los Americanos, por que estos, o por lo menos algunos, tomando el nombre general, sin razón, sin justicia, bárbaramente en todos sentidos, atentaron contra vs., contra sus fortunas, embolviendo ¡qué horror! á sus mujeres e hijos en tal ruina. Pero por fortuna es igualmente cierto que los Americanos y la parte mas noble de ellos, sin duda han sido los que justamente indignados

89 En relación con las disputas en torno al fuero eclesiástico, muy frecuentes en la Nueva España desde los tiempos del virrey Venegas, cfr. Ferrer Muñoz, Manuel, op. cit., nota 10, pp. 97-101, y op. cit., nota 71, pp. 70-74. Como ilustración de lo que significaban estas dos bases para los partidarios de Iturbide, copiamos unos renglones de El Observador Independiente:

“Verdaderamente en ellas se mira la religion católica, apostólica romana, protegida esclusivamente, respetados sus ministerios, sus fueros y privilegios, sin advertirse disposicion que se dirija á privarla de lo que le pertenece, ni á reformar su disciplina fuera de lo que disponen los Cánones dictados por los Concilios generales y provinciales, que establecieron los cotos que todos debemos respetar para no escandalizar á los pueblos, ni meter la mano en el incensario” (F. E. y A., El Observador Independiente, cit., nota 58).

90 Iturbide, Agustín de, Proclama, Iguala, 24-II-1821 (CEHM, Fondos Virreinales, DCCCIX-I).

91 Iturbide, Agustín de, Carta al conde del Venadito, Iguala, 24-II-1821 (CEHM, Fondos Virreinales, CXXXIX).
contra un proceder tirano e impolítico, quisieron abandonar, y abandonaron en efecto con gusto, su comodidad, sus intereses, las delicias de sus familias, y expusieron su propia vida veces sin cuenta, por salbar las de sus padres los Europeos.  

Porque Iturbide atinó a evitar en la práctica la confrontación y supo erigirse como figura conciliadora, se atrajo el aplauso de muchas personas —tales, por ejemplo, el obispo Pérez Martínez o el arcediano Manuel de la Bárcena—, que encomiaron el carácter pacífico de la bandera levantada en Iguala:

no solamente debemos darle gracias por los bienes recibidos, sino también porque nos ha librado de gravísimos males: ¡qué destrozos! ¡Cuantas muertes! ¡Santo Dios! La guerra hubiera sido eterna, pero vuestra bondad ha establecido ya la concordia y la paz entre los ciudadanos: ya se acabaron las disensiones, huyeron los ódios, vino la unión, y cesó el derramamiento de sangre: Indígenas y Colonos, cismarinos y ultramarinos, todos somos hermanos, todos compomemos un cuerpo político; somos compatriotas, todos tenemos una misma sociedad, una sola y amada patria.

En aras de la pacificación y del llamamiento a la concordia, en Iguala se sacrificaron algunos de los ideales sostenidos por la primera generación independentista, más inclinada al radicalismo, que pretendía hacer tabula rasa de muchas facetas de la anterior existencia política del territorio bajo la dominación española: como observó Zerecero, el Plan “contenía novedades en que nadie había pensado y que desvirtuaban el objeto político de la revolución”.  

Los tratados de Córdoba, estipulados en esta población por Iturbide y O’Donojú el 24 de agosto de 1821, explicitaban las condiciones que, de acuerdo con lo convenido en el artículo 15 de Iguala, habían de salvaguar-

92 Idem.

93 Bárcena, Manuel de la, Oración gratulatoria á Dios, que por la Independencia Mejicana dijo en la Catedral de Valladolid de Michoacan el Dr. D. Manuel de la Bárcena, Arcediano de ella, y Gobernador de la sagrada Mitra, el día 6 de Septiembre del año de 1821. S. 1.: en la Imprenta Imperial. S. a. (LAF 207).

Muy parecidas ideas desarrolló D. Antonio Joaquín Pérez en su sermon del 5 de agosto: cfr. Pérez Martínez, Antonio Joaquín, Discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Dr. D. Antonio Joaquín Pérez Martínez, obispo de la Puebla de los Ángeles, entre las solemnidades de la misa que se cantó en la catedral de la misma el día 5 de Agosto de 1821. Puebla: Oficina del Gobierno Imperial. Año de 1821 (LAF 811).

94 Zerecero, Anastasio, Memorias para la historia de las revoluciones en México, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1975, p. 245.
dar los legítimos derechos de los españoles vecindados en la Nueva España.

Por el artículo 15 de los tratados se facultaba a los españoles para decidir libremente sobre su lugar de residencia y su vinculación patriótica: "serán árbitros a permanecer adoptando esta o aquella patria, o a pedir su pasaporte, que no podrá negárseles, para salir del Imperio". 95

Y, sin embargo, el siguiente artículo de los tratados introducía algunas restricciones, al excluir de esa alternativa a los empleados públicos y militares desafectos notoriamente a la independencia, y obligarlos a salir "de este Imperio dentro del término que la Regencia prescriba". Y esas limitaciones parecieron mal a algunos sectores de opinión, que exteriorizaron su descontento. Esas muestras de disensión encontraron, a su vez, contradictores, que justificaron la medida propuesta por Iturbide:

dice V. [se dirige al editor de la Carta de un Mexicano al autor del papel impreso en Puebla, titulado: Para esto se hizo la libertad de Imprenta] que ligados por los lazos de la obediencia al antiguo gobierno en que nacieron erraron en creer que su honor los obligaba a resistir la independencia: está bien ¿Mas no pueden decir lo mismo Novella, Concha, Calleja, Apodaca, Davila, y cuantos están comprendidos en dicho artículo 16? Luego ó ninguno debe marchar, y tal artículo es ilusorio y vano; ó no es admisible esta disculpa. 96

Menos inteligente se presentaba la objeción formulada por "El Pensador Mexicano" —"¿la garantía de la unión se debe entender con los que nos aborrezcan, Ú odien nuestro sistema?"—, 97 fácilmente contrarrestada en las Cincuenta respuestas 98 con la remisión a lo explicitado en el artículo 15 del Plan de Iguala y en el 16 de los Tratados de Córdoba.

El tiempo habría de demostrar la trascendencia de la garantía de la unión y la dificultad que entrañaba su efectiva defensa: ¿hasta qué punto era justo responsabilizar individualmente a los españoles de la actitud hostil demostrada por los gobiernos de su país de origen, dispuestos a resistir con violencia a la emancipación de la Nueva España?

96 En el Monte está quien el monte quema. México: Imprenta Americana de D. José María Betancourt, calle de San José el Real, núm. 2. Año de 1821 (LAF 207).
Los temores de este sector de población no eran gratuitos, y ya en diciembre de 1821 eran muchos los españoles que recelaban de las consecuencias negativas que, para sus vidas e intereses, pudiera acarrear la negativa del general Dávila a entregar el castillo de San Juan de Ulúa.99

Complemento obligado de esa anhelada armonía entre americanos y europeos que compartían un mismo territorio era la superación de los particularismos, que amenazaban con dar al traste con la deseada regeneración. Por la influencia que esos intereses tuvieron en la posterior evolución del régimen hacia la República federal, debe destacarse el empeño manifestado por Iturbide en su proclama del 24 de febrero por “hacer desaparecer, la odiosa y funesta rivalidad de provincialismo”, y asegurar así “una sana igualdad”.100

La misma intencionalidad de captar voluntades y eliminar regímenes de excepción inspiró varias medidas de gobierno adoptadas por Iturbide en el ámbito haciendístico, tales como la abolición de algunos impuestos —incluidos los extraordinarios con que el gobierno virreinal había gravado abusivamente a los particulares durante los últimos años— y la sujeción de los indios al mismo régimen tributario que los demás ciudadanos.101

Al gobierno monárquico “templado por una Constitución” que se estipulaba en Iguala añadieron los tratados de Córdoba la nota de “moderado”: eliminada la opción republicana, se excluía también la adopción de una monarquía “tradicional” como la imperante en España hasta la revolución liberal de Cádiz. Si, por una parte, la promesa de una monarquía constitucional satisfacía las aspiraciones de los autonomistas que, hasta fechas muy próximas, habían cifrado todas sus esperanzas en las virtualidades de la Constitución española de 1812, la garantía de respeto a los fueros y propiedades del clero tranquilizaba a otro influyente sector de opinión, que había contemplado con malos ojos el retorno en España —y en sus posesiones de América— del orden constitucional.

Las manifestaciones en favor de la excelencia del régimen monárquico moderado no tardaron en multiplicarse:

99 A causa de esos temores dirigieron una representación a Dávila para “exigirle en todo tiempo la responsabilidad de los daños y perjuicios que nos resulten en nuestras vidas, propiedades y seguridad de la continuación de su sistema de resistencia”: cfr. Los europeos piden el castillo de San Juan de Ulúa, en Representación que hacen al Sr. General Dávila que lo defeide, México: imprenta (contraría al despotismo) de D. J. M. Benavente y Socios. Año de 1821 (LAF 215).

100 Iturbide, Agustín de, Proclama, Iguala, 24-II-1821.

101 Cfr. Suplemento al núm. 39 de La Abieja Poblana (LAF 416), donde se recoge un bando de Iturbide publicado en Puebla el 6-VIII-1821.
en él no procede con despotismo el Rey por estar sujeto precisamente á la Constitucion, como también porque la division de los poderes mantiene su autoridad en un perfecto equilibrio, y la Nación, en quien recide la Soberanía, se halla libre de obedecerlo en el instante mismo en que la infringe. De este modo la razón y la justicia dirigen el estado; y como los conciudadanos son iguales en derechos ante la ley, están esentos de la fuerza y de los embates furiosos del poder arbitrario.¹⁰²

Aparte las cuestiones referentes a la organización del gobierno y del ejército, llama la atención que en las bases de Iguala se contemple la protección de varios derechos individuales. Si bien falte una mención explícita de algunos de esos derechos, como pueda ser el de libertad de imprenta, sí se proclamaba la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, "sin otra distinción que su mérito y virtudes" (artículo 12) y el respeto y protección a las personas y propiedades (artículo 13). En cambio, un factor de inestabilidad venía constituido por la cláusula contenida en el artículo 22, en virtud de la cual aquellas personas sospechosas de intentar sembrar la división serían sometidas a vigilancia y reputadas como conspiradoras contra la independencia.¹⁰³

IV. CONCLUSIONES

El movimiento de Iturbide no entrañó sólo el acceso de los militares al poder político y, consiguientemente, sus intrusiones en la actividad de los congresos; significó, asimismo, la consagración de los criollos como grupo hegemónico, que se dispuso a tomar el relevo a los españoles. El exclusivismo criollo acabó relegando a la población indígena y convirtió en puro artificio literario la aspiración de Carlos María Bustamante de resucitar el antiguo imperio del Anáhuac. De acuerdo con ese concepto privativo de la nacionalidad, los reformadores de la década que arrancó en 1830 hicieron caso omiso del indio y cifraron las esperanzas de futuro

¹⁰² F. E. y A., El Observador Independiente, cit., nota 58.
en la nueva clase de propietarios burgueses, fortificada por europeos inmigrantes.  

Esa atribución no dejaba de entrañar una paradoja, al menos desde la perspectiva de las enfáticas declaraciones de muchos escritores y políticos en el sentido de una recuperación del devenir histórico mexicano, interrumpido por la conquista española. En efecto, la reiterada insistencia en que México había recuperado el ejercicio de su soberanía significaba “saltar toda la época colonial y entroncar con el México pre-colombino. Ahora bien, los que realizaron la independencia son justamente criollos, es decir, descendientes de los conquistadores españoles […], y mestizos aculturados que comparten los valores culturales de estos criollos”.  

¿Cuáles iban a ser los perfiles definitorios del nuevo Estado?, ¿cuál era el proyecto nacional que se deseaba confiar a la custodia de ese Estado?, ¿cómo unificar a elementos tan variopintos, aglutinados antes por la dominación española?  

Estas fueron preocupaciones constantes de Iturbide que, al igual que Morelos, entendió que las diferencias sociales, raciales o culturales habían de ser superadas para lograr la unificación nacional. El primero estaba persuadido de que el Plan de Iguala constituía la única base auténtica de consenso en México para construir una nación-Estado. El problema estribaba en que no llegó a arbitrar los medios para alcanzar ese objetivo; más aún, su política de mano tendida a los españoles que deseaban integrarse en el nuevo Estado independiente le atrajo desconfianzas entre quienes veían en esa actitud la amenaza de una traición que les podía devolver a la dominación española: “para él, preservar el orden era útil para México, aun cuando también sirviera al rey de España”.  

El proceso que arrancó del Plan de Iguala no acertó a producir un nacionalismo, y ese fracaso tiene mucho que ver con la incapacidad en que acabaría encontrándose Iturbide para crear un sistema estatal centralizado con que afrontar el desafío planteado por las crecientes demandas de autonomía regional, estimuladas por la confusa división territorial del país en aquellos momentos. Así, como atinadamente observa Timothy  

107 Ibídem, p. 60.
Anna, “el Plan de Casa Mata sólo tuvo que tocar este manantial de interés regional, para inundar al caudillo”.

Por eso resultan altamente significativas unas palabras pronunciadas por Iturbide en vísperas de su elección como emperador. Después de ponderar las dificultades de toda índole que obstruían la acción gubernamental —ejército insuficiente, carencia de liquidez en la tesorería, falta de separación de poderes y de reconocimiento exterior—, se interrogaba: “¿este país puede llamarse apropiadamente una nación?”

108 Idem.